

# El Conflicto Contemporáneo de las Doctrinas Económicas

*(Conferencia del Profesor Baudin, en el  
Instituto Riva-Agüero).*

En los períodos difíciles, los problemas económicos desbordan de su marco natural; son psicológicos, morales, metafísicos, políticos y se convierten, por consiguiente, en problemas muy complejos. Se extienden también en duración mucho después de haber desaparecido la causa que les había dado origen. Esta doble observación puede hacerse actualmente en Francia. La guerra y la ocupación no deben ser considerados como fenómenos localizados y transitorios. Ellas han invadido todas las partes del organismo y, como en las enfermedades graves, dejan después de ellas muchos trastornos.

De manera particular, en Francia, bajo el imperio del sufrimiento y del temor, los conceptos germánicos de autoridad, que habían atravesado el Rin antaño con el marxismo, han hallado ciertos ambientes preparados para recibirlos y se han fijado en nuestra mentalidad como un cuerpo extraño del que no logramos despojarnos. Es así como gran número de nuestros compatriotas ha huido de la realidad, poblándola de conceptos ilusorios y de entidades imaginarias: han perdido la costumbre de lo real, miran sin ver, y escuchan sin oír. Se dejan impresionar por místicas, y extrañas paradojas resultan de ello: se grita "viva la libertad" y "abajo el liberalismo", "viva el socialismo nacional" y "abajo el nacional socialismo". La lógica en derrota llega a la conclusión de que blanco y negro son sinónimos!

En este caso, los hombres de ciencia tienen el deber de recordar los imperativos de la fría razón, tarea difícil a causa de la vecindad de la política, fuente de pasión. No creo necesario decir que hablaremos con una objetividad total, convencidos de que los partidos desaparecen y que sólo la verdad permanece.

El conjunto de las doctrinas contemporáneas es tan complejo que debemos simplificarlo. Partiremos de las dos grandes doctrinas tradicionales que se han opuesto siempre, ya que constituyen los dos polos del pensamiento: el liberalismo y el socialismo. Dejaremos en la sombra una tercera gran cate-

goría de doctrinas: el anarquismo, no porque se encuentren desprovistas de interés, sino porque comprenden una serie de tesis bastante heterogéneas; porque, de hecho, el divorcio es completo entre la teoría anarquista que descansa sobre una moral elevada y la práctica que conduce a los peores excesos, y porque, en fin, nadie hoy día se dice anarquista... tal vez por la razón que la anarquía reina en la mayoría de las economías.

Examinaremos sucesivamente las estructuras doctrinales tradicionales, luego las nuevas estructuras y construiremos, en función de las deficiencias que nos habrá revelado este estudio, una teoría de las "élites".

## I

Recordemos, en primer lugar, la antítesis inicial y fundamental colocando frente a frente, como dos duelistas, el liberalismo y el socialismo.

Ya se sabe en qué consiste el liberalismo o individualismo. Según el esquema clásico, es una doctrina que no ha sido creada, se ha creado por sí misma. El liberal es un realista, considera al hombre tal como es, no tal como desearía verlo, no alaba ni critica, se limita a observar. Y lo que observa es que el hombre obedece a su interés personal. Sabe perfectamente que otros móviles existentes, puede preferir motivos de acción más nobles, pero una ciencia no puede basarse sobre esperanzas. Este interés no es forzosamente, desde luego, egoísmo. Aristóteles ya hizo la distinción al respecto, pero nuestros contemporáneos no la hacen siempre. Este interés funciona gracias al ingenioso mecanismo de los precios que todo el mundo conoce. La competencia arranca al naciente monopolio de manos del productor interesado, dá lugar a la baja de los precios, asegura el progreso, y el gran favorecido es el consumidor. Así se realiza un orden que nadie ha previsto, que nadie ha querido, tan curioso que sus primeros observadores pensaron que era divino.

Si hemos evocado este esquema clásico bien conocido, es para mostrar los postulados sobre los que descansa y que han sido olvidados muchas veces. En primer lugar, el individualismo supone la existencia de un individuo, es decir, de un ser dotado de pensamiento y de voluntad personales, lo que no es siempre exacto, ya que muchos no son sino el eco de sus vecinos y el reflejo de su ambiente. En segundo lugar, el móvil del interés es el más importante en tiempos normales, pero no en tiempos difíciles, ya que entonces es el miedo que tiene la primacía: los hombres buscan la seguridad antes que el provecho. En tercer lugar, un mínimo de moralidad es necesario: el liberalismo es un régimen de contratos, es gracias a ellos que el individuo teje los hilos de sus transacciones sobre la trama del tiempo; estos contratos deben ser respetados y el estado no puede colocar un guardián detrás de cada contratante. En cuarto lugar, el modelo clásico se aplica a un sistema de pequeñas y medianas empresas y no a un sistema de grandes unidades que impiden que funcione la competencia. En quinto lugar, parece que cada uno se halla recompensado

según su mérito, pero se olvidan de un personaje, al que los economistas dejan erróneamente de mencionar, un gran presuntuoso, hijo de la libertad: S. M. el Azar. Es él quien hace nacer privilegios injustificados o males inmerecidos, al mismo tiempo que introduce la variedad que constituye uno de los placeres de la existencia. Por fin, no basta que una doctrina sea correcta para poder imponerse, debe ser atractiva —otro punto de vista ignorado por los teóricos—. Pues bien, el mecanismo de los precios, automático y frío, no produce entusiasmo, "no es agradable" a las muchedumbres. Precisamente porque el hombre es cada vez menos creyente, busca cada vez más místicas de substitución.

Los liberales ya no ignoran hoy día estas deficiencias de su doctrina y han suprimido el universalismo y el absolutismo de antaño. Saben que lo que es bueno para los Latinos puede ser malo para los Eslavos o inversamente, y que un régimen favorable en el siglo dieciocho, no lo es forzosamente en el siglo veinte.

No hemos ocultado las imperfecciones del liberalismo. Esta vieja doctrina se hace modesta; pero no nos engañemos: por eso mismo se convierte en más poderosa y agresiva. Después de haber hecho su "mea culpa", se dirige a su adversario y lo interpela: "Usted desea mi muerte, pero ¿qué colocará en mi lugar? No sabemos quién sois. Combatimos abiertamente y usted conserva su careta. Es fácil criticar un régimen que ha existido y también es fácil rodear de las mayores seducciones un régimen que cada uno imagina a su antojo. Usted debe hacerse conocer ahora".

Esto preocupa mucho al socialismo. Tantos autores como definiciones. Abramos las historias de doctrinas y encontraremos a una serie de economistas que son considerados como socialistas por unos y no por otros: Saint-Simon, Fourier, Proudhon. El estudiante no puede comprender nada de esto. El público piensa a veces que un socialista es un hombre deseoso de reformas sociales, lo que es absurdo puesto que todas las escuelas económicas desean ciertas reformas. Tenemos una sola definición como ejemplo, una definición que nadie recusará, puesto que ella es del señor León Blum, él mismo, en la "Revue de Paris", del 1º de Mayo de 1924: "El Socialismo es una doctrina que se propone reducir la desigualdad y el sufrimiento hasta un residuo imposible de comprimir, instalar a la razón y a la justicia allí donde reina el privilegio y el azar". Esta definición puede aplicarse a cualquier doctrina, puesto que no conocemos a ningún economista que, en el curso de la historia, se haya propuesto aumentar el sufrimiento y hacer reinar la injusticia.

No tenemos sino un medio de definir el socialismo, y es empleando un razonamiento "a contrario". Puesto que ataca al liberalismo, lo definiremos por esta oposición. En consecuencia y en primer lugar, puesto que el liberalismo parte del individuo, el socialismo parte de la colectividad. Esta estaba antiguamente constituida por el grupo, la clase, el partido; dicho de otra manera, el interés colectivo no es sino un interés personal más amplio, más violen-

to y muchas veces más egoísta que el interés propio personal: no hay que confundirlo con el interés general al cual se opone frecuentemente. Se puede resumir este primer carácter del Socialismo diciendo que para él, el individuo, en una nación de ocho millones de habitantes, es el cociente de ocho millones por ocho millones, mientras que para el individualista la sociedad es el resultado de la multiplicación de un individuo por ocho millones.

Puesto que el liberalismo desea la libertad, el segundo carácter del socialismo será que tratará de buscar la autoridad. Dürkheim veía al socialismo, por este motivo, bajo la forma de una inmensa centralización. En efecto, el mecanismo de los precios se destruye; es preciso entonces otro medio de selección: el socialista recurre a la estadística, es el único medio racional válido. Un país socialista es el reino de la estadística: los servicios públicos estiman las necesidades de los individuos, invitan a los productores a proporcionar las cantidades avaluadas de esta manera y a los consumidores a que las adquieran. Pero, puesto que los hombres están seguros de recibir lo que necesitan, no tienen ningún estímulo para el trabajo; éste debe, por lo tanto, ser obligatorio. El individuo debe efectuar determinado trabajo y recibirá lo necesario para su subsistencia. Ya no tiene libertad para escoger, ni en cuanto al consumo, ni en cuanto al empleo. Y es este aspecto anti-liberal que ha inquietado siempre a los hombres de Estado socialistas, como Jaurés y Mac Donald.

Puesto que el liberalismo deja actuar a la naturaleza, el socialismo hace un llamado a la razón: se le ha reprochado, aún, de ser demasiado racional cuando construyó al *homo oeconomicus*. La diferencia radica en que el liberal hace un llamado a la razón de cada uno, mientras que el socialista sólo admite la razón de unos cuantos, de los dirigentes, de los planificadores. Por fin, como su nombre lo indica, el socialismo exige una puesta en común, que se trate de los medios de producción únicamente (colectivismo) o de la totalidad de los bienes (comunismo).

¿Es posible figurarnos un Estado socializado, es decir, enteramente planificado? esto, bastante mal. Schaeffle había tratado de hacerlo, en su "Quintaesencia del Socialismo"; luego Bourguin, en "Los sistemas socialistas y la evolución económica"; ambos nos han dejado cuadros poco atrayentes. La historia no nos ofrece un ejemplo probante: el Imperio de los Incas se ha desarrollado dentro de un ambiente muy diferente del nuestro; las pequeñas comunidades que se establecieron en la América del Norte en el trascurso del siglo 19 (Perfeccionistas, Inspiracionistas, Mormones, etc. . . .) se hallaban constituidas por voluntarios y cimentadas por la religión, con excepción de los discípulos de Cabet que han fracasado completamente. En Rusia, el socialismo integral de 1917-21 nació muerto, puesto que desapareció después de una gran hambruna y no podemos hablar de la Rusia actual, por falta de documentos precisos; hay que esperar que se levante la cortina de hierro que la separa de nosotros. En Alemania, el régimen hitlerista se decía socialista y, en efecto, podemos perfectamente admitir que el socialismo se adapta bien a los regí-

menes de poderío, puesto que es el régimen del cuartel; bien se puede decir que se impone en tiempos de guerra.

## II

¿Es posible obtener algunas precisiones sobre la evolución de los conceptos doctrinales al observar la actitud de los grandes partidos que llevan, en Francia, el nombre mismo de estas doctrinas?

El partido comunista era antiguamente anti-liberal, anti-religioso, anti-militarista, anti-burgués, revolucionario y dictatorial. Pero los carteles que ha colocado sobre los muros de nuestras ciudades, durante las últimas elecciones, habrían bien podido ser firmados por moderados: manos tendidas a los católicos, defensa de la libertad, de la propiedad, de la pequeña industria, del pequeño comercio, y aún del ahorro; los comunistas se hallan impregnados por la mística de la pequeñez, nadie es suficientemente pequeño para ellos. La impresión del lector un poco advertido es muy fuerte: es la que tuvieron ustedes si, al adquirir una obra sobre el existencialismo, encontráis relatadas en el texto las aventuras de Mickey.

El partido socialista (S.F.I.O.) ya no tiene doctrina alguna. El marxismo ha sido abandonado por gran número de sus miembros. En un artículo reciente publicado en la Revista Socialista (a fines de 1946), León Blum trata de demostrar que la lucha de clases debe ser comprendida simplemente como una acción de clase, interpretación anti-marxista, por consiguiente. El señor Blum fué, desde luego, puesto en minoría en el Congreso de agosto último, por los comunistas.

Prácticamente, todas estas doctrinas se diluyen dentro de un vago *dirigismo*, fragmentario, imperfecto que se acerca al liberalismo cuando favorece el mecanismo de los precios y al socialismo cuando lo destruye. En este último caso, ya conocemos los resultados, puesto que tenemos, desgraciadamente una larga experiencia: el descontento es general. Tenemos, aún, en Francia, una gran escasez de mantequilla, leche y carne, que se debe, únicamente, a una mala organización de los abastecimientos. Se dirá que la economía ha sido mal dirigida. ¿Podemos recurrir a una economía mejor dirigida? En los países latinos, generalmente por naturaleza poco disciplinados, no lo creemos. Entonces, cuando un sistema no puede manifiestamente desarrollarse de acuerdo con la psicología nacional ¿debe tratarse de cambiar el sistema o la psicología? ¿No es presuntuoso plantear el régimen *a priori* e intentar luego adaptarle el alma humana? Los dirigentes franceses hacen recordar a ese humorista que, al presentarse en el escenario para ejecutar una composición musical, constataba que la silla se hallaba muy lejos del piano: entonces, sin titubear, se colocaba detrás del piano haciendo grandes esfuerzos para empujarlo con el fin de acercarlo a la silla.

## III

¿Debemos entonces creer que el socialismo morirá por falta de doctrina y que el liberalismo agonizará bajo los golpes de sus adversarios? De ninguna manera. Una doctrina jamás muere. Más feliz o más desgraciada que el hombre, nace, crece, declina, se esfuma y resucita. Muchas veces, entonces, aprovecha para rejuvenecerse y para ponerse al tanto con la época; es por esto que agrega a su nombre el epíteto de "neo". Hemos asistido a un florecimiento de estos "neos" en el trascurso de la historia: neo-san-simonismo, neo-mercantilismo, . . . etc. Vamos a examinar rápidamente a tres nuevos "neos", que tuvieron su origen en los acontecimientos recientes: el neo-socialismo, el neo-corporativismo y el neo-liberalismo.

El neo-socialismo trataba de lograr, en tres etapas sucesivas, la socialización: socialización del poder, primero; luego, la de los beneficios, por medio de la constitución de trusts y de carteles controlados por el Estado; por fin, la de la propiedad. Pero los partidarios de esta doctrina (Marquet, Déat, Montaignon) consideraron que el mejor medio para lograr sus fines era la institución de un régimen autoritario; por eso, se acercaron a los alemanes, se comprometieron y sus conceptos han desaparecido con ellos al producirse la liberación.

El *neo-corporativismo* no ha tenido mayor éxito. Su fin esencial consistía en la destrucción del dogma marxista de la lucha de clases y en la reunión de patronos y obreros en organismos comunes. Se habían también previsto tres etapas: 1º económica, por medio de la creación de Comités de Organización y del Oficio Central de Reparto de los Productos Industriales (OCRPI); 2º social, por medio de la Carta del Trabajo que preveía el establecimiento de comités sociales en las industrias y en las usinas; 3º económico-social, agrupando las instituciones antes citadas en una sola: *la Corporación*. La creación fué prudente, los poderes públicos dejaron que cada uno de estos organismos se adaptara espontáneamente a las circunstancias. Se asistió a la formación curiosa de un derecho semi-privado, semi-público que se pudo llamar el derecho de la economía corporativa. Pero todo este movimiento fué desviado desde su origen: los alemanes se apoderaron de él para hacerlo servir a sus designios. La OCRPI se convirtió en una de sus principales palancas de mando, puesto que distribuía bajo su control las materias primas a las empresas. En la agricultura, el propio ministro del ramo se convirtió en presidente del Comité Nacional Corporativo. En resumen, era un corporativismo de Estado, es decir, el "estatismo", que se constituía. Todo esto desapareció con la liberación. Esta experiencia no puede citarse como ejemplo, debido a las circunstancias dentro de las cuales se desarrolló. No puede, pues, mencionarse ni a favor ni en contra del corporativismo.

*El neo-liberalismo* tiene una importancia muy distinta. Vió el día en visperas de la guerra, cuando se reunió en París, en agosto de 1938, un "colo-

quio" internacional bajo la presidencia del periodista Walter Lippmann. Muchos de los principales economistas de la época se hallaban presentes: Hayek, Mises, Robbins, Röpke, Rüstow, Heilperin. Su partida de nacimiento se redactó bajo la forma de un simple "agenda". La doctrina entró luego a descansar durante la guerra. He tratado de despertarla en 1946, gracias a una serie de conferencias organizadas en París, en el Comité de Acción Económica y Aduanera, y este año debe realizarse un Congreso en Suiza.

Ya, antes de la guerra, algunos neo-liberales, principalmente Mises y Hayek, habían lanzado contra el socialismo un ataque terrorífico. No se limitaban a demostrar, una vez más, los inconvenientes de esta doctrina: multiplicación de los funcionarios, dificultad de balancear la oferta y la demanda sin una posible coacción, falta de atracción para la invención... etc.; explicaban; además, porqué el socialismo es incompatible con el desarrollo del bienestar, porque es imposible su aplicación sin despilfarros continuos. En efecto, el jefe de empresa, es decir el "jefe de servicio" dentro del régimen socialista, trata de obtener la combinación óptima de los factores de la producción, procediendo a un "círculo económico". ¿Es preferible aumentar la maquinaria o la mano de obra, ¿transportar los productos por ferrocarril o por camión? ¿utilizar hulla negra o hulla blanca? Otros tantos problemas resueltos por el examen de los precios; pero no existiendo éstos dentro del régimen socialista o siendo, por lo menos, fijados autoritariamente, pierden todo su significado. El jefe de servicio ya no puede proceder sino por tanteos, y, por consiguiente, admitiendo un continuo despilfarro.

¿Se dirá que tendría que reunir todos los presupuestos y ponerlos en ecuación? Estas llegarían a varias decenas de miles y, en una sociedad cambiante como la nuestra, tendrían que ser revisadas cada día.

El sistema de planificación sólo es posible dentro de una sociedad primitiva o capaz de admitir un bajo nivel de vida. Esta observación permite darse cuenta de la importancia del mecanismo de los precios. El precio es una síntesis del número considerable de variadas tendencias que no podemos establecer con el razonamiento; ha destruido los sistemas del intercambio basados sobre las relaciones personales, ha convertido a los hombres en seres independientes y ha sido uno de los factores de nuestra liberación en el plano económico. Por lo tanto uno de los primeros fines del neo-liberalismo es el de restaurar el mecanismo de los precios.

Para lograrlo, se dirige al Estado. Por consiguiente, es muy distinto del liberalismo antiguo: no deja que el orden natural se instaure por sí mismo, no tiene una confianza ciega en la Providencia como los Fisiócratas, pero no quiere imponer sus opiniones a priori y hacer que algunos dirigentes desempeñen el papel de la Providencia. El Estado neo-liberal actúa, adelantándose al mecanismo de los precios, creando o reformando el marco de manera a adaptarlo de la mejor manera posible a las necesidades de este mecanismo en el cual no interviene. Por ejemplo, si la sociedad anónima se revela peligrosa por sus

tendencias al monopolio no desorganizará por este motivo toda la economía, se limitará a reformar los textos relativos a esta forma de sociedad que es una creación de la ley: Actúa luego más allá al mecanismo de los precios, viniendo en ayuda las víctimas del azar; es así como debe normalmente socorrer y reeducar a los desocupados y preocuparse de la suerte de los "económicamente débiles".

Por fin, el Estado debe actuar en la medida en la que sobrepasa al individuo. Representa la unidad y la continuidad nacionales. A él pertenecen las políticas de grandes obras públicas, de florestación, de natalidad.

De esta manera, el Estado adquiere un nuevo aspecto: ya no es el Estado débil del siglo 19, ni el Estado arrogante y audaz del siglo 20; trabaja para lograr su propio olvido, es un rey deseoso de abdicar cuando su pueblo habrá alcanzado su mayoría. Estado e individuo son complementarios y no antagónicos. La fórmula que puede adoptar no es contradictoria. El Estado es fuerte para que el individuo sea libre.

Este neo-liberalismo, como se ve, es más bien un neo-individualismo. La libertad no es un fin en sí. Stuart Mill lo había notado y Le Play vituperaba con razón: "la libertad sistemática", que históricamente ha sido una reacción contra la reglamentación sistemática, pero no participaba de los mismos defectos: no se enmienda un exceso aplicando un exceso contrario.

Queda una grave cuestión: ¿quién orientará al Estado en el sentido deseado? ¿quién tendrá el sentido del interés general necesario para asegurar esta orientación? ¿encontraremos a los hombres después de haber hallado el sistema? La doctrina neo-liberal, como desde luego todas las doctrinas cuando se profundizan, exige cierta calidad de los hombres o de ciertos hombres. He allí el objeto de lo que denominamos la "teoría de las elites".

Veremos lo que se debe entender por "las elites" y cómo conviene formarlas. Allí se encuentra la solución. La doctrina vale principalmente por lo que valen los hombres que la aplican. Estos hombres, cualesquiera que sean las ideologías que profesen, deben ser leales, íntegros, competentes y trabajar por el bien común. A priori, debemos creer que encontraremos a estos hombres que jamás fueron tan necesarios como hoy día, y es sobre esta esperanza que concluyo: "el que no se abandona a la esperanza, dice el prudente, jamás encontrará lo inesperado".